

# GACETA MÉDICO-VETERINARIA

PERIÓDICO SEMANAL

consagrado á la propagacion de los conocimientos de la Medicina Veterinaria y á la defensa de los derechos del Profesorado español.

DIRECTOR: D. RAFAEL ESPEJO Y DEL ROSAL, LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJIA,  
PROFESOR VETERINARIO DE PRIMERA CLASE.

PRECIOS.	DIRECCION Y ADMINISTRACION,	BASES.
Madrid, un mes una peseta. Provincias, un trimestre 3 pesetas. Ultramar, semestre 15 pesetas, oro. Extranjero, semestre 12 francos. Anuncios á precios convencionales.	CAVA ALTA, 9, PRINCIPAL DERECHA.  MADRID.	Se publica los dias 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Los señores suscritores tienen el derecho de hacer consultas que la Redaccion se obliga á contestar en las columnas del periódico.

AÑO III.

Jueves 7 de Octubre de 1880.

NÚM. 113.

## IMPORTANTE.

Tenemos noticias fidedignas de que á los subdelegados de Veterinaria de la provincia de Gerona se mandó en Julio último la siguiente comunicacion:

«Segun comunicacion del cónsul de España en Perpignan, con relacion á otra del vice-cónsul de Prades, reina en la Cerdaña francesa una epizootia, denominada vulgarmente *peste bovina*, que en opinion del vice-cónsul no es más que una *perineumonia*, cuya contagiosa enfermedad podria propagarse á España por la introduccion de animales contaminados.

»En vista, pues, de la gravedad que entraña esta noticia, y de conformidad con lo acordado por la Junta provincial de Sanidad, llamo muy especialmente la atencion de V. acerca de este importantísimo asunto, y le encargo que recomiende y ejerza la mayor vigilancia en ese partido, á fin de que no puedan introducirse ganados infestados, y dé

cuenta á este Gobierno de cualquiera novedad que ocurra respecto del particular.»

Nos parece que, en punto á medidas de policia sanitaria, todas las precauciones que se adopten son pocas, atendida su trascendental y reconocida importancia; por eso, aunque tarde, nos apresuramos á insertar el anterior oficio, tan pronto como ha llegado á nuestro poder.

## PARTE EDITORIAL.

MADRID 7 DE OCTUBRE DE 1880.

### EN PERPÉTUO CARNAVAL.

La ficcion está de moda entre los humanos.

Yo no sé si allá por los tiempos en que nuestros antecesores usaban ropas bien ligeras sucederia lo mismo.

Quédese para Vargas, que es el averiguador universal, el esclarecimiento de este hecho.

La verdad es que, hoy por hoy, es mucho mayor el número de mortales que viven disfrazados, que el de los que visiten su propio traje, y se dan á conocer tal y como son.

Y prueba al canto.

Individuos conozco yo, y no pocos, que pasan por sabiondos y correctos escritores públicos. Este disfraz lo han confeccionado valiéndose de cuatro libros viejos, á donde encontraron asuntos que copiar, dándolos como producto de su meollo.

Hay quien conoce el artificio, y por ende al máscara que, armado de sus lentes, luenga barba y monumental leviton, se exhibe entre las gentes, pregonando su habilidad periodística.

Los que, á través del disfraz, ven al ignorante, se conforman con celebrar el chiste, y con pronunciar la frase acostumbrada en estos casos: *te conozco*.

Después vienen los comentarios. ¿Quién es esa máscara? pregúntase al que dijo conocerle.

Un pobre diablo, que después de mil tropezones, y merced á las influencias de una viudita, consiguió que le dieran un título, del que no ha hecho uso. Algunos amigos le hicieron creer que valía mucho como escritor público; el pobre hombre lo creyó, y hace muy cerca de 30 años que se mantiene de ilusiones; pero figurando á la cabeza de un periodiquillo de mala muerte, que cada día que sale á luz vale menos que el día anterior.

De este traje hay abundantes máscaras, con especialidad en la heroica villa del Oso y del Madroño.

Tampoco dejan de verse, pululando por plazas y mercados, y dando *chascos* á más y mejor, otros tipos, que aunque de diversa calaña, se parecen al anterior

en que, como él, llevan su disfraz; pero algo más perfeccionado.

Estos tipejos cuidan mucho de llevar la ropa esmeradamente limpia, saludan con un respeto exagerado á todos los que en el mundo oficial tienen alguna representación, adulan por costumbre, engañan al que se descuida, porque así lo demandan sus instintos, y viven alegres y contentos del producto de sus rapiñas, aunque para poseerlas dejen sin pan á honradas familias.

Es verdad que esta clase de máscaras es despreciada desde el momento en que alguien les quita la careta; pero suele ser tarde cuando esto sucede. Por lo general han llenado ya sus arcas de ageno peculio; y como en este vago de mostaza, llamado tierra, se rinde un culto incondicional al *dios oro*, el que ha sabido adquirirlo pasa por irreprochable caballero.

Tenemos también el grupo de los moralistas, que entretienen su vida en murmurar de todo el mundo, so pretexto de atribuir al prójimo faltas, que son leves al lado de las que ellos cometieron.

Los mascarones de este género ponen al servicio de toda su inteligencia la severidad más acabada en cuanto á las exterioridades. Negro vestido, aparente humildad, caritativos cual ninguno, pues siempre contienen sus bolsillos *media docena de ochavos morunos*, que uno á uno reparten á los menesterosos, siempre en sitios donde puedan ser observados.

Penetrad en la vida íntima de uno de esos individuos. Averiguad sus antecedentes desde que tuvo uso de razón, y os convencereis de que vive disfrazado.

Es usurero; mejor dicho, es un pedazo de metal, sin sentimientos, sin nociones de lo bueno, sin idea del prójimo, egoísta, avaro, plaga de la humanidad, escapada del averno para tortura de sus semejantes.

Á pesar de los tesoros cuantiosos que

oculta, evidentemente pobre y miserable, porque todo su afán es guardar, guardar muchos miles, todos los miles que encierra el mundo; y aun así no vería satisfechos sus voraces instintos.

¿Sabeis cómo reunió esos capitales? El era pobre hace veinte años; pero un día—¡feliz día para él!—realizó un *negocio*, tal vez no muy limpio; ganó dos mil reales; y ya teneis la base de su fortuna. Desde entonces se dedicó al préstamo, dando uno para cobrar mil. Hé aquí el milagro.

Otros hay que están siempre hablando de la virtud, protestando de que jamás han sorprendido la buena fé de nadie, de que no son farsantes ni engañadores, de que no han obtenido en su vida *provecho personal* de sus rudas campañas contra ignorados peligros. Estos van vestidos de cualquier modo; pero siempre descubriendo una oreja.

Son virtuosos trasnochados, nunca puestos á prueba, y acerca de los que cabe la duda.

Sacadlos, ya que tanto alardean; sacadlos de sus oscuras posiciones, porque han sido incapaces de proporcionarse otras mejores. Sacad, repito, á esos *deseñados*, que tanto se lamentan; hacedlos recorrer el mundo, presentadle una, ciento, mil ocasiones diarias, capaces de poner á prueba esas virtudes, de que hablan por referencia, y despues podremos juzgarlos con antecedentes bastantes para concederles el *exequatur* de la más severa crítica.

Mientras tanto continuarán siendo máscaras, pero á quienes conoce todo el mundo. Su manera de presentarse ante la sociedad es análoga á la de ciertas mujeres, poco favorecidas con las gracias propias de su sexo, que llevan como tributo rendido á la triste soledad de su vida, la palma de la inocencia.

No es esta la virtud, ni este grupo de enmascarados el elegido para servir de

ejemplo. Las virtudes que no se practican con pleno conocimiento de causa, y sobre todo sin publicidad, no son tales virtudes; no son otra cosa que antifaces, con los que el hombre, falto de sentido, trata de encubrir su impotencia para hacer el bien, su forzoso alejamiento del mal.

Mientras no llegue el día que la sociedad dé á cada cual el nombre que se merece; mientras no se elija un jurado universal con el necesario prestigio y la autoridad conveniente para designar á cada grupo, clasificarle y dar á conocer pública y solemnemente cuál es su verdadera significacion, *el mundo marchará*, si, como ha dicho Pelletan; pero marchará repitiéndose el fenómeno de engañar la mitad de sus habitantes al resto.

Desde que me conozco, y ya voy siendo viejo, he observado entre la mayoría de mis semejantes el deseo de aparentar lo que no es, el esmero de ocultar lo que debiera saberse.

Así es que, entre sabios periodistas, que viven de ajenas ideas, *tipos* dispuestos á *veranear* y comprarse joyas á costa de sus compañeros, moralistas que no han dado aun los buenos dias á la moral, usureros que van *amortizando* los pocos centenes que aun circulan, y *virtuosos* que nadie conoce como tales, sino porque ellos mismos lo dicen, y que en su *indomable pugna* por desbaratar y demoler obstáculos, solo consiguen demoler el sentido común y ponerse en ridículo, se nos va pasando la vida, y hay momentos en que envidiamos á los habitantes primitivos de las selvas la dicha de haber hecho su tránsito por este glo-billo, si más solos, no tan mal acompañados.

Mas ya que por desgracia nuestra alcanzamos estos tiempos de bendición, tengamos valor para arrancar sin contemplaciones esos antifaces; pues, aunque como miembros de una determinada

profesion tenemos altos y sagrados deberes que cumplir, no podemos por eso eludir el cumplimiento de los que como á seres sociales nos corresponden.

Y bien mirado, también nuestra clase tiene algún lunarillo, vulgo *llaga*, que hay necesidad de estirpar.

¿Cómo?

Por el procedimiento que hemos empleado ya en alguna ocasión con éxito lisonjero; por ejemplo, el que seguimos cuando se desarrolló *el cucharismo*, enfermedad terrible, capaz por sí sola de concluir en poco tiempo con la dignidad profesional, si en tiempo hábil no se la hubiera impuesto un enérgico correctivo.

Y, cosa rara; en vez de haber dado las gracias á los profesores que con tanto acierto y tan buena suerte diagnosticaron y curaron la dolencia, objeto han sido del desden y el desvío más completos.

Que hay también alguna mascarita en nuestras huestes; ¿quién lo duda? Existen aunque en número muy reducido; pero existen ocasionándome el profundísimo disgusto de darlas á conocer, sin tener en cuenta el mal efecto que con ello reciban.

La clase exige con un perfecto derecho que se deslinden los campos, que se cuenten los que no se deshonran de vestir el traje modesto del veterinario, y aquellos que, sin ser otra cosa que veterinarios, se desdeñan, se creen humillados con el ejercicio de su profesión, y hacen gala, y fundan su mejor timbre en calificarlos con palabras de mal gusto.

¿Hemos de transigir nosotros con semejantes mascaritas? No; jamás transigiremos con ellas; á donde quiera que las veamos les arrancaremos la careta, y las presentaremos al público, diciendo: «Ved, señores, al que presumía de aristócrata, vedle bien; es un veterinario como yo en cuanto á títulos profesiona-

les; pero está loco por lo visto, cuando perora del modo que le habeis oido, *Ulamando pendon* á la enseña más gloriosa de sus compañeros; tenedle lástima; ha querido, cual nuevo Ícaro, remontarse más alto de lo que alcanzaban sus débiles fuerzas, y el pobrecillo, al caer, ha dado tan tremendo porrazo que se ha vuelto loco.

Dejadle, dejadle pasar; muévaos á compasión su lastimoso estado.»

Esto haremos y esto diremos cada vez que salga á nuestro paso un máscara del género últimamente descrito.

Asimismo descubriremos el rostro de otro género nuevo, que parece se halla hoy en estado de mosquito, y del que solo tengo referencias.

Este grupito, muy diminuto según me dicen, vá vestido con traje de alquimista, y pregonando por todas partes las excelencias de la física y la química; ramas, para él, las más importantes de la ciencia veterinaria.

Yo no he de negar aquí la importancia de las ciencias naturales, que, como decía un ilustre orador no há mucho tiempo, han logrado hacer de los campos verdaderos esclavos del hombre, cuando en los países donde no han penetrados sus adelantos el hombre es el esclavo del terruño.

Grande es, pues, inmenso, colosal, incomparable el valioso concurso que las ciencias naturales prestan al mundo civilizado; pero deducir de aquí que es la asignatura principal de la carrera veterinaria, ó es una broma de máscara de buen humor, ó detrás de esa afirmación hay algo que halaga el amor propio de quien lo dice.

Por lo demás, todos los veterinarios saben que hasta el año de 1847 no entraron las ciencias naturales á formar parte del programa de estudios de los veterinarios; y yo, sin embargo de esto, no me atreveré á decir que son más intelligen-

tes los veterinarios que han estudiado desde el 47 hasta la fecha.

¿Por qué? Porque los profesores de las Escuelas tenían buen cuidado de enseñar en el curso de fisiología, al hablar, por ejemplo, de las funciones de los órganos de la vision, del oído y del olfato, cuanto se relaciona con la óptica, la acústica y otras partes de las ciencias naturales que están unidas al estudio de las funciones de los distintos aparatos orgánicos.

¿Se hace más hoy?

Yo creo que no, y la razón es muy sencilla.

Cualquiera que tenga siquiera una ligerísima idea de lo que son las ciencias naturales, comprenderá al momento que en un curso de lección alterna solo pueden adquirirse ligerísimos rudimentos de ciencias tan vastas, cuyo estudio, para ser provechoso, necesita muchos años, y una preparación especial en las matemáticas, de que están muy lejos la casi totalidad de los alumnos que ingresan en nuestras Escuelas.

Decir, pues, que las ciencias naturales constituyen lo principal de la carrera, cuando en realidad están muy por bajo de la anatomía, fisiología, terapéutica y materia médica y cirugía, es una tontada que solo puede oírse de labios cubiertos con un antifaz.

Pero si se diera el caso improbable de que sin careta hubiese quien tratara de mantener tan absurda afirmación, ya por darse lustre, ya por otra causa cualquiera, no había de costarme gran trabajo demostrar á mi contrincante que no es lo mismo sermonear entre chicos que defender seriamente una teoría; ni salir al Prado, pongo por caso, dándose aire de naturalista, ignorando mucho más de lo que se sabe en la materia, é ingresando en el número de máscaras que hacen de esta vida un *perpétuo carnaval*.

NERZATIM.

Leemos en el *Diario de Córdoba*:

«*Veterinaria*.—Con saludable y prudente rigor se han verificado los exámenes de ingreso, durante el mes de Setiembre próximo pasado, en la Escuela especial de Veterinaria de Córdoba; pues de treinta y dos aspirantes que han sido examinados solo diez y siete han obtenido la calificación de aprobado. Este proceder por parte de los profesores de la citada Escuela es tanto más laudable, cuanto que tratándose de una ciencia tan extensa y de tanta importancia, se hace preciso que los que han de estudiar esta carrera reúnan los conocimientos indispensables que los reglamentos vigentes determinan para estudiar con aprovechamiento las múltiples y variadas asignaturas que comprende y prestar los servicios que tanto en la Higiene pública como en la industria pecuaria están llamados á desempeñar.»

Nos complace en alto grado que un diario político se ocupe de una Escuela de Veterinaria en el sentido que lo hace el *Diario de Córdoba*.

Eso prueba que aquel establecimiento pone cuanto está de su parte por elevar la clase, no admitiendo en sus aulas más que jóvenes adornados de los conocimientos necesarios para emprender con fruto una carrera científica que, merced á los inmensos servicios que presta á la ganadería y agricultura, va dándose á conocer en todas partes.

En cambio tenemos aquí la Escuela modelo, que en una mañana examinó cuarenta, quedando reprobado uno solamente, según noticias que tenemos por ciertas; habiendo llegado el número de los matriculados á ciento cuatro, cuando menos.

En Córdoba y demás escuelas de provincias no hay el atractivo de *sociedades de alumnos y maestros*, como «Los Escolares veterinarios» establecida en Madrid, la cual sociedad necesita, si ha de tener concurrencia, que haya muchos estudiantes.

De todos modos, nosotros optariamos

siempre por llevar nuestros hijos á provincias; preferimos á los que hacen llorar, mejor que aquellos que hacen reír con derechos de entrada y cuota mensual.

## SECCION CIENTÍFICA.

Nuestro particular amigo, D. Pedro Martínez Anguiano, Dr. en Medicina y Cirujía y Director de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, nos remite para su insercion el artículo que á continuación publicamos, seguros de proporcionar con su lectura un notable servicio á cuantos se interesan por la salud pública, y útiles conocimientos á nuestros compañeros.

### HIGIENE.

#### Carnes de animales enfermos.—Carnes muertas.

Si es fácil siempre en los mataderos reconocer á primera vista el estado de salud de los animales expuestos á la venta, no sucede lo mismo en los mercados en grande y en detall, donde las carnes se presentan en pedazos. Por esto es por lo que tenemos que luchar contra la oscuridad, que se produce en este reconocimiento, de la salubridad de la carne, la division de la res en cuartos, el transporte que, sin alterarlas, les da un aspecto desagradable y su distribucion en puntos diferentes. Todas son causas que pueden inducir á error. A pesar de esto, si examinamos las carnes que se pregonan, despues de algun tiempo de estudio en este nuevo laboratorio, se puede asegurar que nuestros conocimientos en Veterinaria nos darán los medios, casi ciertos, de analizar las carnes enfermas. ¿Habrá necesidad de recordar el *labor omnia vincit, improbus*, para afirmar las

pretensiones á conocer las carnes? ¿Los trabajos de los Baillet y de los Zundel, no son bastantes para atestiguar la veracidad de nuestras palabras? ¿Será necesario tambien que sepamos dividir un buey? Creemos que no se nos puede echar en cara el ignorar parte del Manual del carnicero.

Hasta aquí hemos hablado de las enfermedades que alteran las carnes, sin estendernos largamente sobre las modificaciones capitales ocasionadas por la fiebre (1). Hemos pasado rápidamente sobre el estudio de las carnes muertas y del cadáver. Hoy queremos, bajo la denominacion de carnes alteradas, hablar de las carnes procedentes de animales atacados de afecciones agudas, y sangradas ó degolladas antes de la muerte y tambien de los que mueren naturalmente.

Aparte de las carnes de mala calidad, de los casos de avería, de triquinosis y de lepra, se encuentran, con más frecuencia, carnes insalubres relacionadas con los dos estados que acabamos de señalar. Por esto es por lo que necesitamos recordar en algunas palabras los principales caractères, por medio de los cuales se puede reconocer que el animal ha muerto sin efusion de sangre.

Si la enfermedad que ha ocasionado la muerte ha sido de larga duracion, se advierte, en general, que los músculos están fljos, blandos y decolorados. La grasa ha desaparecido totalmente. Se producen infiltraciones en todas las masas musculares y las aponeurosis dejan ver, al mismo tiempo que su color violáceo, una red capilar llena todavia de sangre.

La muerte que se produce despues de las afecciones agudas, donde siempre hay fiebre intensa, trae otras modificacio-

(1). Véanse los artículos de los números 97, 98 y 101 de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA.

nes en el estado de las carnes. Durante la fiebre, en efecto, las secreciones se suspenden y los materiales retenidos en la economía ocasionan diferentes estados patológicos conocidos bajo el nombre de *uremia* y *ammoniemia*. Los principios azoados se conservan en la sangre así como los cloruros, y los fenómenos de endosmosis y exosmosis están interrumpidos á consecuencia de la parálisis de los vasos-motores. El calor debido á una exageracion de la combustion, de que todo el organismo suministra los materiales, hace nacer, por consecuencia de una oxidacion incesante, productos gastados, tales como la úrea, el ácido úrico y el ácido hipúrico, que resultan de la descomposicion de los albuminatos. Se produce, pues, un verdadero envenenamiento, al que el animal no tarda en sucumbir.

Después de la muerte, la rigidez que se apodera del cadáver se produce tanto más pronto, cuanto más lenta ha sido la enfermedad y el aniquilamiento del animal más prolongado. Se establece con lentitud en los animales muertos de enfermedades agudas. En todos los casos esta rigidez es de corta duracion y el cadáver se pone flojo y blando. El animal degollado en buena salud, conserva, por el contrario, una carne apretada y dura al tacto. Pasado este tiempo se produce un fenómeno particular conocido bajo el nombre de hiperémia por hipostasis, y cuya manifestacion es puramente interior.

Antes de la cesacion de los movimientos del corazon, la sangre expulsada por la última contraccion cardiaca se acumula en los gruesos troncos venosos, se coagula y se separan bien pronto sus principios constituyentes. Entonces se forman, del lado en que ha permanecido el animal acostado, coágulos que llenan toda la red capilar. Estas arborizaciones se observan principalmente debajo de

las espaldas y en todos los puntos donde el tejido celular es laxo y abundante. Cuando el animal ha permanecido mucho tiempo del mismo lado, la division del coágulo está mejor marcada. Si ha sido arrastrado, traqueteado, antes de sufrir la preparación para la venta, el coágulo queda blando y se establecen en las partes declives infiltraciones que dividen los músculos, y los bañan de una serosidad amarillenta y de olor nauseabundo.

La descomposicion no tarda en presentarse, sobre todo si la temperatura está elevada, ó bien si el animal ha succumbido á una afeccion que ha determinado los fenómenos morbosos de la septicidad. La sangre en estas condiciones, permaneciendo cerca de los depósitos intestinales se altera rápidamente, se vuelve blanda y dá origen á las petequias que llegan á cubrir, no solamente la superficie interna de los vasos sanguíneos, sino tambien todos los tejidos de matices verdes y descoloridos. Todas las aponeurosis de contencion de los músculos presentan más ó ménos este fenómeno morbozo; pero principalmente es sobre la del gran dentado del tórax donde se observan, en el caso de muerte natural, las manchas lividas cadavéricas que acabamos de indicar.

Con la descomposicion pútrida de la sangre, la serosidad se esparce en la carne y le dá un matiz particular, variable por otra parte, según las especies, y que no tenemos términos para caracterizar. Seria preciso, para estar de acuerdo con nuestro pensamiento, emplear palabras de color poco conocido, ó bien expresiones triviales que el comercio utiliza en la determinacion de los diferentes colores de telas, y aun así no llegaríamos á dar una solucion clara: más vale abstenerse.

En el pecho, las pleuras están pálidas ú oscuras, según el género de muerte

que se estudie. En el vientre, el peritoneo en contacto con las vísceras abdominales, toma una coloración violácea cuya significación no puede inducir á error, si se une á los síntomas que acabamos de enumerar. Este es también un signo de los más característicos, que debe siempre guiar al inspector de carnes en el exámen que de ellas hace. A tal punto que, desplegando por un lado la parte del solomillo y levantando por otro la porción carnosa del diafragma (pecho) se puede firmar en seguida, por las manchas lívidas repartidas sobre el peritoneo, la intensidad de la enfermedad.

La fibra muscular se decolora, se vuelve blanda y se aplasta fácilmente entre los dedos. Algunas veces está como macerada en un líquido rosáceo. En fin, se puede decir que la cocción de la carne es completa y que ha perdido, con sus caracteres físicos, todas sus propiedades nutritivas.

Pero esto todavía no es todo, porque suele suceder, si el tiempo es propicio y si el animal ha sido sacrificado pocas horas antes de la muerte, que sea muy difícil encontrar estos principales síntomas.

Sin embargo, se encontrará siempre sobre el corte de los músculos un signo de una fidelidad incontestable, caracterizado en la práctica bajo el nombre de *lisieres* (lindes, orillas). En el animal sano, la incisión de la carne deja de una y otra parte de los trozos, un color uniforme, y esto es un hecho reconocido. Cuando las carnes son muertas, en lugar de tener un corte igual, se ve, por el contrario, que el borde del músculo posee un tinte más oscuro, que va por degradaciones de tonos á fundirse con el centro de matiz más claro. Este fenómeno singular, que se observa, sobre todo en el momento en que la espalda se separa del tronco, es un signo cierto de la muerte natural.

Otras veces la muerte ocasiona otros desórdenes, sobre todo, si el animal ha sucumbido á una congestión de la médula, á consecuencia de largas fatigas y también por fracturas y traumatismos, porque entonces la carne presenta un color más rojo, *está animada*, para servirnos de una expresión vulgar. A pesar de esto, este tinte no se conserva sino en tanto que la descomposición no se apodera del cadáver, por lo que la res se remite para la venta del modo más rápido. De otro modo, la carne no tardaría en tomar esa coloración particular que da la cocción.

Cuando se trata de cerdos muertos, la carne sufre ciertas modificaciones en relación con la enfermedad que padeció el animal. En la apoplejía ó mal rojo, todos los tejidos y hasta el tocino conservan un tinte oscuro, típico. Las afecciones hidrohémicas dan una carne decolorada. Sin embargo, existen circunstancias en que la alimentación especial ha podido modificar la carne de cerdo, hasta el punto de hacerla comparar con la de gallina. Ejemplo: esos cerdos que hemos estudiado hace pocos días, vendidos por las calles y que presentaban todos los síntomas de una hidropesía, ascitis, su carne estaba blanca y casi fluida. Desprendida completamente de los huesos, se podía de un solo golpe y sin esfuerzo, levantar con la mano el ileo-espinal todo entero. El tocino era muy blando, un líquido claro fluía de la incisión de los músculos, y no había ningún vestigio de inflamación general ó parcial.

Aunque dudas quedan todavía respecto á la naturaleza de estas carnes, nosotros estamos obligados á añadir, que el comercio atribuye á la alimentación, hecha con sopa y pescado, esta particularidad, que hemos creído deber señalar á la atención de nuestros comprofesores. En resumen: las carnes muertas serán



reconocidas, en la flacidez, en las arborizaciones que forman los capilares ingurgitados, en la hipostásis, en las manchas lívidas cadavéricas, en las orillas y en la cocción.

## II.

Para hablar de las carnes enfermas deberíamos pasar revista á todas las enfermedades; ya lo hemos hecho. Además, como todas las enfermedades agudas tienen un mismo punto de partida, la inflamación, nos abstendremos de repetir lo que los otros, también, han dicho. Sin entrar en todos los detalles que requiere necesariamente el estudio de la cuestión, recordaremos que la fiebre es el punto culminante morboso y que produce en la composición de las carnes desórdenes bastante graves, para hacerla excluir de la alimentación. Como en un incendio, después de la fiebre y también durante su curso, se forman en gran parte los productos excrementiciales. Estos productos, ó si se quiere estas cenizas, son ácido carbónico, ácido úrico, sulfatos, fosfatos, etc. Los tejidos y los líquidos están, pues, consumidos. ¿Qué es entonces el osmazomo y los principios azoados que toda buena carne contiene? Es, pues, urgente, tener sobre las carnes los datos precisos.

Sin volver sobre los hechos que hemos señalado en los artículos anteriores, diremos que estas carnes pueden estar relacionadas con dos estados principales; el uno que se refiere á las enfermedades agudas y donde la fiebre ha marcado sus huellas por los síntomas definidos, el otro que concierne á las afecciones crónicas. En el primer caso,—dejando á un lado la fiebre que no falta nunca y cuya acción difusa se opera, no solamente en el pulmón, sino también en todos los tejidos,—la enfermedad ha podido terminarse por metastasis, induración, reblandecimiento, gangrena ó infección puru-

lenta, complicaciones todas que deben alterar sensiblemente las carnes.

Hé aquí por qué el análisis de estos síntomas es muy difícil y que no se puede determinar en la práctica por el aspecto de uno ó muchos músculos, la enfermedad que ha dado origen á las alteraciones que presentan. Todo lo más que puede hacerse es fundarse en los caracteres generales que hay que investigar con el mayor cuidado, pues las vísceras no están ya allí. Sea como quiera, en toda enfermedad visceral de carácter asténico,—nosotros somos de los que creen en el desgaste producido por la fiebre, y por consiguiente en el vitalismo,—las carnes ofrecen con frecuencia en su conjunto un tinte más animado, la grasa misma parece penetrada por la sangre. Tan pronto el músculo incidido presenta una coloración de un rojo nacarado, tan pronto es de un rojo salmon como en la fiebre vitularia. O bien son los equimosis los que vienen á perturbar el brillo de un corte reciente. Se pueden ver también tonos más descoloridos que revelan enfermedades sépticas. Pero no se ha visto jamás en el estado de enfermedades inflamatorias, las carnes de un rojo oscuro, (1) mientras que por el contrario, hemos tenido que señalar la decoloración del músculo, como signo patognómico del estado de enfermedad.

Sin embargo, es necesario no ignorar que la carne de las terneras ofrece todos los caracteres de la decoloración, y que se podría por distracción tomar por atacados de fiebre estos animales, en los que la edad no ha coloreado aún la fibra muscular. Pero con exámen más atento desaparece pronto la ilusión, porque no encontrando vestigios de lesiones ni de infiltraciones, se debe permitir forzosamente el consumo de estas carnes, que aun-

(1) Las carnes negras caracterizan la fatiga extrema.

queno están cubiertas de grasa, no dejan de poseer ciertas cualidades. En todas las carnes enfermas, la incisión de sus fibras desarrolla siempre un olor ágrío y hace correr un líquido amarillento, que no es otra cosa que la filtración del suero de la sangre al través de las paredes de los vasos capilares. No sucede siempre lo mismo, puesto que en ciertas afecciones es gomosa y se aglutina á los dedos. A pesar de esto, la blandura y la flacidez son dos signos que no pueden engañar, sobre todo, si se observan notable contraste! en animales de primera calidad.

Cuando la enfermedad es crónica y se refiere principalmente á vicios de nutrición, neoplasias, hidropesías, etc., la carne palidece y se pone blanda, la grasa desaparece, los líquidos abundan y mejoran totalmente los músculos.

Pero si podemos hacer estas marcas generales, tomadas de la práctica de cada día, somos, con frecuencia impotentes para diagnosticar el género de afección que ha ocasionado el accidente que nos ocupa. Todo nos falta para el análisis y tenemos que congeturar. No importa; el animal está muerto, su carne está alterada; no necesitamos más. Estudiando constantemente estos animales, que se remiten á todas partes, es como se llegan á conocer los menores signos, que hacen sospechar á primera vista la clase de enfermedad ó de muerte.

En efecto; ¿quién no ha visto esas vacas degolladas en el curso de una fiebre vitularia y que ofrecen todavía en la pelvis las huellas de la inflamación? ¿Quién no está entonces seguro de que la carne se halla decolorada, cocida, infiltrada? ¿No se han examinado atentamente cerdos atacados de hidropesía ascítica, y cuya agua fluye de todas partes? ¿Y un buey de buena calidad que tiene la carne blanda y el peritoneo violáceo, pasará desapercibido en medio de la venta? Por

las observaciones de este género repetidas con frecuencia, es como se llegará á crear una inspección de carnes, útil en todos los puntos á la gran cuestión de higiene pública. Porque no debemos disimularlo; los principios no son felices en este género de ejercicio, y la ciencia queda confundida en presencia de esas carnes cuyo mal se oculta y no deja sospechar siquiera su existencia. Así, la prègonada en Paris, es el más bello campo de estudio que se puede encontrar en la especie; se ven todos esos animales enfermos y muertos que un comercio imprudente designa en su error para la alimentación de la capital, y todas las categorías de carnes que es preciso igualmente conocer para llegar á un buen resultado.

—*L. Villain*, Médico Veterinario, Inspector del Matadero de Paris. »  
Traducido de la «Revista internacional de Medicina Dosimétrica Veterinaria, de Higiene y de Economía rural, basada sobre la Fisiología y la Experimentación», por el Doctor en Medicina y Cirujía, Catedrático y Director de la Escuela Veterinaria de Zaragoza,

PE德罗 MARTINEZ DE ANGUIANO.

### CLAUDOGRAFIA.

(Continuación.)

Las causas que pueden obrar en los animales para que se desarrolle la lesión que nos ocupa pueden ser muy diversas; la vejez, el trabajo muy pesado y continuado, esto unido á la escasa y mala alimentación puede con el tiempo dar lugar á la debilidad muscular; el habitar los animales caballerizas húmedas y oscuras, y una alimentación vegetal en estado de forrages que contengan un exceso de agua de vegetación, es indudable que predispone y desarrolla la enfermedad; y por último, se presenta en muchos casos á consecuencia de la supresión de la traspiración cutánea.

La demacración y flacidez de los músculos, la escasa ó ninguna fuerza de contracción, la

arqueadura de los remos, la vacilacion y tambaleo de estos cuando el animal está en la estacion y en la caballeriza; la marcha poco enérgica, el paso corto y la propension á tropezar y caer, son los síntomas más culminantes que presenta esta alteracion, los cuales se agravan con el tiempo y dejan á los animales inútiles ó para hacer muy poco servicio. Cuando es debida esta alteracion á la supresion de la traspiracion cutánea, los síntomas se presentan de un modo más repentino y con mayor dificultad en los movimientos, dificultad que puede llegar hasta el extremo de ser aquellos nulos completamente y los animales no pueden tenerse de piés y siempre están echados.

Quando depende de la vejez ó la fatiga de un trabajo inmoderado, hay que dejar los animales en el descanso, alimentarlos bien y dar fricciones estimulantes en la region escápulo-humeral; convienen tambien los baños de infusion de plantas aromáticas: si ha sido á consecuencia de la supresion de la traspiracion cutánea, se administrarán los estimulantes difusivos, el abrigo, las fricciones estimulantes sobre el sitio enfermo y los baños aromáticos. Quando los animales son viejos ó están muy deteriorados hay poca confianza en que se curen; pero en los demás casos vuelven los enfermos á adquirir su estado ordinario de salud.

#### Supresion ó disminucion de la secrecion sinovial de la articulacion escápulo-humeral.

Alteracion que no sé se haya indicado ni descrito en ninguna obra de Veterinaria, á pesar de ser bastante frecuentes en la práctica.

Como todas las secreciones están sujetas á sufrir modificacion en su funcion fisiológica, la sinovial de la articulacion escápulo-humeral no está exenta de esta modificacion, ya aumentando, en cuyo caso da lugar á las hidropesias articulares, ya disminuyendo y produciendo otros efectos de consecuencias tan funestas como aquellas ó de peor resultado.

En la articulacion escápulo-humeral es en la que con más frecuencia hemos observado la lesion que nos ocupa, y se presenta dando lugar á cojeras pertinaces, largas en su duracion y que rara vez se curan; por lo menos nosotros no hemos podido curar completamente ningun caso de los que se nos han presentado. Siempre la hemos observado en animales de grande al-

zada, estrechos de pecho, de encuentros salientes y de esternon hundido; que han hecho poco ejercicio, que estaban destinados al tiro de lujo, á la silla y en los caballos de regalo; en los muy propensos á sudar al más ligero ejercicio, que habitaban caballerizas húmedas, oscuras y que tenian mala ventilacion; en los de temperamento linfático y poca energia muscular; pero sin que podamos decir con exactitud si el concurso de todas estas causas era la que motivaba esta disminucion en la secrecion sinovial, ó si podia determinarla una sola de ellas; bien si existian otras que no eran completamente desconocidas: sin embargo, creemos, que puede ser en muchos casos un efecto de la artritis ó de otro padecimiento acompañado de mucho dolor, del gran número que atacan á la region escápulo-humeral.

Es más frecuente en el caballo que en los demás solípedos, sin que podamos decir en qué consiste esto.

El animal con esta alteracion tiene una posicion violenta cuando está en la caballeriza ó está parado, y constantemente está alargando una ú otra extremidad para apartarlas del centro de gravedad y disminuir el peso del cuerpo que sobre ellas debia gravitar; con suma frecuencia se echan, particularmente despues de comer el pienso, y esto lo hacen aun cuando no hayan hecho ejercicio alguno. Si se pone al animal enfermo en movimiento, que se les hace marchar, van como entrepretados, hay dificultad en los movimientos de las espaldas, los remos están embarados, y cuando se les obliga á volver sobre uno ú otro lado encorvan el cuello y todo el cuerpo antes de levantar las extremidades anteriores que las mueven con temor y trabajosamente: al romper la marcha van como infosados y tropicando; el apoyo sobre el terreno lo hacen con cierta precaucion, tiento, timidez y vacilacion que muchas veces caen, principalmente al apoyo sobre los talones; pero á medida que hacen ejercicio y cuanto más acelerado es este, los movimientos se van haciendo cada vez con mayor facilidad hasta el punto que desaparece la claudicacion, pisan con firmeza y parece que están completamente buenos; pero sometidos de nuevo al descanso y tan pronto como han desaparecido el sudor y han trascurrido de cuatro á seis horas, vuelven á adquirir su estado de dolencia primitiva. Los encuentros están calien-

tes, el casco se estrecha y pone muy reseco; y vemos, que la claudicación va en aumento progresivo hasta que inutiliza á los animales por completo.

Hé aquí una cojera en frío, de la que nadie ha hecho mención hasta ahora, (que yo sepa) ni se ha pensado en que podía depender de la falta de secreción sinovial de la articulación escapulo-humeral.

Este estado se explica perfectamente: disminuida la secreción sinovial por una causa cualquiera, sucede que durante el descanso las superficies articulares quedan resacas y ese barniz suave y untuoso que, no solo facilita el resbale de una superficie articular sobre la otra, sino que evita los efectos del frote y favorece los movimientos, faltando la sinovia, al ponerse el animal en marcha el frote que experimenta una superficie articular sobre la otra no solo es doloroso, sino que dificulta los movimientos; de aquí la mayor claudicación y gravedad de la enfermedad en el descanso; pero á medida que el animal trabajaba y el frote de las superficies articulares estimula la membrana sinovial, la secreción aumenta, disminuyen entonces los efectos del frote, desaparece el dolor, los movimientos se verifican con más libertad y la cojera desaparece: así es como comprendemos esta lesión, y este es también el por qué el animal cojea más en frío que en caliente.

(Se continuará.)

## SECCION AGRÍCOLA.

### PRÁCTICA DEL INGERTO.

CONTINUACION.

Las varetas de plantas leñosas pueden conservarse cortadas y separadas de su pié por espacio de algunas semanas, para lo cual se tienen clavadas en tierras húmedas ó en sitio fresco, cubiertas con musgo, paja ó yerba; conviene muchas veces guardar estas varetas cortadas con anticipación para sacar puas con que ingertar al empuje, pues agarran perfectamente aunque el patron esté algo adelantado y movido. Es frecuente también enviar á largas distancias varetas para ingertar, y llegan en buen estado á su destino cuando no se tarda en

el viaje más de diez ó doce dias, cuidando de envolverlas bien entre musgo ó cosa equivalente, donde se conserven frescas, y á su arribo, se pondrán en agua algunas horas, enterándolas despues á la sombra hasta que hayan de utilizarse, para lo cual se limpian y despuntan.

Segun las diversas especies de plantas, puede ingertarse desde principios de la primavera hasta fines de otoño, y en las estufas todo el año; hay sin embargo, cuatro épocas ó tiempos más propios para hacer esta operacion, que son: al empuje, al brote, al vivir y al dormir. Se ingerta al empuje cuando empieza el movimiento de la sávia y quieren salir las yemas del letargo en que han estado durante el invierno, pero antes de que se hayan desarrollado ó desenvuelto; la estacion de este ingerto dura desde mediados de Febrero hasta principios de Abril, y se emplean para él varetas del año anterior. Al brote es cuando la sávia está en su mayor actividad y que el vástago tiene la mitad ó las tres cuartas partes de su crecimiento definitivo; este es el llamado ingerto herbáceo, se ejecuta regularmente desde principios de Abril hasta fines de Mayo, y la púa que sirve es un tierno brote de la misma verdura que la del sitio del patron donde se ha de ingertar. Al vivir se llama el que se echa en el solsticio de verano, cuando los árboles mueven su segunda sávia y los vástagos alargan el segundo brote; su duracion es desde últimos de Mayo hasta todo el mes de Junio; los escudetes para ingertar al vivir se sacan de las varetas del mismo año. Para ingertar al dormir se aprovecha el equinocio de Setiembre, y este método solo se diferencia del anterior en que el ingerto al vivir brota inmediatamente, y el de escudo al dormir no se desenvuelve hasta la primavera siguiente; suele empezarse á últimos de Agosto y se prolongan hasta mediados de Octubre ó algo despues.

De la inteligencia, destreza y cuidado del ingertador y de otras condiciones del mismo, depende muchas veces el resultado de su trabajo. No basta que sea práctico, es preciso que conozca el arte por principios para darse cuenta de lo que ejecuta y no incurrir en errores vulgares; es necesario que sea también práctico, pues que la destreza se adquiere con el ejercicio, y á estas circunstancias ha de reunir la buena voluntad y el esmero, porque si esta

delicada maniobra se hace atropellada y súcamente, sale mal. Al operario que le sudan mucho las manos se le malogran con frecuencia los ingertos, y lo mismo sucede si le huele el aliento, ó fuma con exceso y tiene la costumbre de meterse en la boca las púas y las yemas mientras prepara el patron.

Los utensilios que se usan para ingertar han de procurarse que sean sencillos y poco costosos, preferibles siempre á los instrumentos complicados y de difícil manejo.

El serrucho sirve para aserrar los patrones gruesos; las tijeras de jardin se emplean en el dia con mucha frecuencia para cortar, para podar y limpiar los arbolitos y plantas que han de ingertarse; el podón es indispensable para abrir los patrones gruesos; la navaja, corva ó gancha, que tambien se llama tranchete, sirve para cortar las varetas de que se sacan las púas y los escudetes, para igualar el corte de las mesillas y para cachar los patrones delgados; la navaja de ingertar, compuesta de una hoja fina, asablada en su parte superior, y de un mango que termina en espátula, prepara y labra las púas y los escudetes y abre las cisuras en los patrones, el taladro es indispensable para echar los ingertos de pasar ó de barreno; el mazo pequeño se emplea para golpear sobre el podón con que se cachan los patrones; las cuñitas de madera dura, sirven para mantener abierta la hendidura en el patron hasta que se coloca la púa, y por último se necesitan un caldero donde calentar la pez, espátula ó brocha para darla y un canastillo ó espuerta chica, para llevar las herramientas y útiles; no hago mencion de otros instrumentos inventados modernamente para la práctica de ciertos ingertos, como entre otros el ingertador combinado, el metro-ingerto, etc., porque son de uso muy limitado.

Las ligaduras tienen por objeto sujetar y apretar el ingerto al patron; las mejores son aquellas que reúnen las condiciones de elasticidad suficiente para que no se aflojen ni opriman demasiado, de poca variacion por las influencias higrométricas, de reducido costo y fácil adquisicion. Las sustancias que se emplean para este objeto pueden tomarse del reino animal, como lana en rama y cardada, estambre, seda y cerdas; del reino vegetal como cáñamo, lino, espáto, juncos, eneas, espadañas, varias cortezas elásticas y correosas y ho-

jas de algunas plantas con iguales propiedades; del reino mineral pueden servir para este mismo fin las cintas de plomo.

En los ingertos es necesario cubrir y resguardar los cortes y las heridas de los patrones con materias propias al efecto, para lo cual deben reunir las circunstancias de precio cómodo, fácil manipulacion, brevedad en la preparacion, permanencia y perfecto abrigo. Las que se emplean más generalmente son las siguientes: el barro de ingertadores, de antiquísimo uso; se compone de dos terceras partes de tierra arcillosa y de un tercio de boñiga de vaca, todo bien amasado, pudiéndose echar tambien yerba seca muy recortada y aun una porcion de sal. La pez templada, pero no sola, porque salta, sino derritiéndola con una cantidad correspondiente de cera y de sebo, ó de resina y de sebo, á lo que se agrega tierra colorada ó polvo de ladrillo; cuya fórmula puede ser  $\frac{5}{8}$  de pez negra,  $\frac{1}{8}$  de resina,  $\frac{1}{8}$  de cera amarilla y  $\frac{1}{8}$  de sebo, añadiendo la tierra necesaria para dar cuerpo á la masa; ó resina un kilógramo 250, de pez blanca 0 kilógramos 750, sebo 0 kilógramos 250 y tierra 500 gramos: estas composiciones deberán aplicarse tibias y no muy calientes, porque perjudicarian al ingerto. La pez fria liquida se fabrica en Francia y Alemania, de donde en botes se envia á todas partes; tiene la ventaja de aplicarse inmediatamente sin necesidad de calentarse; pero en cambio los inconvenientes de no poderse usar para los ingertos de otoño, y su mayor coste. Por último, se usan para embarrar y resguardar los ingertos, además de las sustancias mencionadas, otras muchas, entre ellas ciertos betunes, el barro común, los trapos mojados, las membranas animales y el papel.

(Se continuará).

## VARIEDADES.

SR. DIRECTOR DE LA GACETA MÉDICO-VETERINARIA.

Mi querido amigo y estimado compañero: Si lo malo y lo perjudicial debe perseguirse y sacarse á la vergüenza pública, yo no me cansaré de escribir toda la vida y de censurar con toda mi alma la conducta de estos maestritos con su compañero, el que está suspenso.

Intenciones me han dado ya, en más de una

ocasion, de mandar á V. la lista de sus nombres; pero me detiene la consideracion de que irian inmediatamente á querrellarse de injuria para proporcionarme molestias y gastos, que no están muy de acuerdo con mi edad, ni con mi modesta posicion.

Si supiera que habian de limitarse á contestar mis escritos, y en todo caso á exigirme *personalmente* explicaciones acerca de los mismos, ¿con cuánto gusto hubiera enviado ya la indicada listita!

Pero no; no quiero darles el placer de nombrar defensor en causa que yo defiendo, porque la creo de justicia, ni aspiro tampoco á que estos caballeros se pavoneen como aquel gallego del cuento, comprando varas de tela y haciendo excursiones veraniegas á mi costa.

Continuaré relatando cuanto aquí pasa, y ser notoriamente público, con lo cual estoy libre de persecuciones, al estilo que estos caballeres las emprenden.

Ya dije á V. en mi última carta que el Profesor, amigo mio, fué expulsado de la sociedad «Patibularia», faltándose por la junta á todas las reglas de la moral y de la decencia; pues bien, yo he tratado de averiguar la causa de ese acuerdo, que por sí solo, proporciona una idea clara de los individuos que le tomaron, y he podido convencerme de que ha sido aconsejado por la más ruin y pequeña de todas las pasiones; por la vanidad, por el solo anuncio de que iba á fundarse otra asociacion análoga á la ya existente, defensora de los derechos y de la dignidad profesional.

Este, y no otro, ha sido el fútil pretexto para redactar, presentar y votar una proposicion, que inutiliza, ante el criterio de toda persona sensata, á su autor, que es el presidente—segun se afirma—y á todos los que la suscribieron y apoyaron con su voto.

Y, una de dos: ó la «Accion Patibularia» cumple honradamente su mision, ó es una de tantas asociaciones especuladoras como hay por esos mundos.

Si lo primero ¿es un motivo de disgusto la formacion de otro centro que comparta las tareas literarias y científicas?

Yo creo todo lo contrario; y entiendo que el Profesor que inició tan elevado pensamiento, y los que le acogieron con entusiasmo, todos merecieron bien de su clase, y se hicieron dignos de un voto de gracias.

Pues qué, ¿son acaso las asociaciones científicas tiendas de comestibles que se hacen la competencia, rebajando los precios del pimenton y del arroz, y haciendo muchas y variadas suertes de prestidigitacion en los pesos y en las medidas?

Siempre he oido yo decir que la abundancia de lo bueno jamás perjudica; de donde se deduce que si la «Accion Patibularia» es buena, no solo no debía oponerse á la creacion de otras sociedades análogas, sino que debía auxiliar cuantos trabajos se presentaran en tal sentido.

Pero ¿á qué cansarme en averiguar si las tendencias de esta sociedad son de esta ó aquella clase? ¿No lo ha demostrado ella misma desde los primeros momentos de su instalacion?

Sí; lo ha demostrado con tanta *lucidez*, que negarle este mérito seria en mí, que me precio de franco, una remarcable falta.

Ella ha demostrado, en primer lugar, que se deja gobernar pacientemente por un número reducidísimo de individuos, impuestos como junta desde la primera reunion.

Ella ha demostrado que sufre, hasta con gusto inclusive, las venalidades de un presidente que juega á su antojo con la dignidad profesional.

Ella ha demostrado tambien, que quiere ser sola, única y exclusiva, probando, con este intransigente exclusivismo, que pertenece á la categoria de esa plaga de sociedades *vividoras*, cuya existencia es siempre efimera, como todo aquello que tiene por base la movediza arena del egoísmo.

Ha demostrado, por fin, que todo en ella son inconveniencias, actos imprudentes é indecorosos, procedimientos que avergüenzan al más despreocupado, teniendo solamente una ventaja: la gloria que ha de proporcionar al sér afortunado que logre arrancarle el velo con que se encubre, y la hunda para siempre en el abismo de su descrédito.

Me parece, Sr. Director, que flores con más espinas es muy difícil que se echen á ninguna sociedad del mundo; y sin embargo, ya verá usted como continúa impertérrito este puñado de asociados, esta cuadrilla de explotadores, mientras haya un *primo* tan solo que insista en abonar los correspondientes *perros mensuales*.

Basta ya de consideraciones acerca de la «Accion Patibularia:» á estas horas debe ser conocida de los lectores de la GACETA, que, por fortuna, están libres de asociaciones de ese jaez, y permítame V., amigo Director, que escriba algunas líneas para el presidente de tan ilustrada—debe leerse *des* donde dice *i*—corporacion, y á la vez poner en claro, de una vez para siempre, el solemnísimo atropello de que ha sido víctima mi, tantas veces nombrado, Profesor.

Para hablar del presidente debería transcribir aquí un soneto que hace muy pocos dias me envió un amigo de la infancia: pero no es del todo pertinente al caso, y limitaré mi deseo á dejar copiados los cuatro primeros versos, que dicen así:

«Este es un hombre de estatura corta;  
Falto de pelo; barba nihilista;  
Mano huesosa; de traidora vista;  
Coces sin cuento su cerebro aborta.»

Suprimiendo lo de la *estatura corta*, pues nuestro presidente es buen mozo, salvo el conato de jiba que le afea bastante, en todo lo demás no está, que digamos, mal descrita la autoridad presidencial, en cuanto se refiere á *su persona*.

Yo le voy á estudiar bajo otro punto de vista; pues á mí me importa un bledo que sea guapo, feo, alto, bajo, moreno ó rubio. Siendo un Narciso, yo le tendría la misma aversion que hoy, por su conducta profesional, siendo la mejor copia de Picio que, segun vulgarmente se cuenta, *reventó* de feo, podria fácilmente ser amigo mio si conociera y abjurara de sus errores, declarando lo que hoy tengo yo que declarar, y es: que el presidente de la «Accion Patibularia,» de la otra sociedad liliputiense y maestro público de esta localidad, ha sido el inspirador, el director y consejero de la campaña, que no vacilo en calificar de infame, seguida contra el Profesor, ya tantas veces repetido.

Que al consignarlo así, lo hago para alegar inmediatamente las razones siguientes:

Primera. Cuando ese *ainísimo* presidente convocó á sesion, en la que tuvo lugar el célebre acuerdo, *no convocó para TRATAR DE ASUNTOS PENDIENTES?* ¿Cómo, pues, se hizo el presidente responsable, como autor, de la notoria falsedad, del dolo, del engaño de poner

al despacho un asunto QUE NO ERA PENDIENTE, sino nuevo y muy nuevo?

¿Cómo, diez y siete veces *doctísimo* presidente, cómo quereis que no haya conocido todo el mundo que la sorpresa, la maña fê, la falta de tiempo para reflexionar, hicieron que prevaleciera, por casualidad, el atentado que se cometió contra un compañero?

Segunda. Los presidentes, de todas las presidencias del mundo civilizado, se guardan muy bien de hacer lo que hizo el que nos ocupa. Tantos deseos tenia de *darse á conocer*, que él mismo, con su *propio aparato oral*, y voz aguardentosa, leyó la proposicion para expulsar á un compañero, que, despues de todo, vale lo que nunca valdrá toda una raza entera de presidentes como este, que tanto y tanto ha merecido llamar la atencion pública por sus actos de rebajamiento moral.

Tercera. Que aun cuando hubo en la reunion quien quiso formular enérgica protesta contra tamaña indignidad, contra semejante escándalo, el *propio dignísimo* presidente, que tiene sus pujitos de *liberal de una negra*, se negó á toda clase de discusion, temiendo, y con motivo, que una derrota segura hubiera sido el digno premio de la infamia que iba á cometerse, y prefiriendo legar á la sociedad una mancha indeleble, un padron de ignominia y de vergüenza, que no podrá lavarse con nada ni por nadie.

Cuarta. Ordenada estemporáneamente una votacion, atemorizados, sin duda, los votantes por las miradas de su endiosado jefe, y sin valor bastante para hacerlo bajar del sitial que deshonraba, votaron unos cuantos desdichados como mansos borregos, conducidos por el pastor.

Todas estas razones tengo, mi querido Director, para decir á V. que el susodicho presidente fué el *héroe* de aquella batalla; y si alguna duda pudiera caberme, viene á desvanecerla por completo el hecho de haberse publicado, con su V.º B.º y todo, la mencionada proposicion y el acuerdo recaido, antes de que dicho acuerdo se hubiera confirmado en la siguiente sesion.

¿Se puede ver más saña, ni una guerra más personal, ni unos actos más inmorales?

Pues aun queda mucho por decir. La *choza presidencial* está auxiliada por tres ó cuatro profesores más, hechos á imagen y semejanza

del que lleva hecha girones la bandera del compañerismo. Tres ó cuatro que no pierden ocasión de ningún género para desacreditar al compañero, á quien creen solo, y se engañan lastimosamente, pues si hoy carece de apoyo oficial, merced á intrigas del género de la que he descrito, los tiempos varían, la verdad se abre paso, y el oropel, al fin, se ennegrece y se arroja por inútil ó por súcio.

Estos co-participes de la persecucion, con especialidad un tal la Silla, habla en la escuela de su compañero lo mismo que podria hacerlo una verdulera.

Y como entre los pobres chicos hay muchos que no conocen al maestro, cuya escuela está cerrada, se cumple aquel antiguo adagio que dice: *«tal palabra me dices, tal corazon me pones.»*

Mas como estos reprobados medios, dignos solo de seres abyectos, salen á la plaza pública, la critica se apodera de ellos, la opinion se va formando contra un hombre, ó lo que sea, que murmura delante de inocentes criaturas, en vez de aconsejarlas que huyan de este vicio, y estoy viendo que el mejor dia sale un chico contestando á los insultos, tal vez como se merecen; y nada tendria tampoco de particular que el maestro, tan frecuentemente insultado, busque medios hábiles para conseguir que la mordaza de un tribunal selle los labios de ese desgraciado charlatan, decidor y valiente entre mujeres y niños.

Estoy seguro, Director amigo, que más de una vez habrá V. dicho para sus adentros, ¿qué tengo yo que ver con las sociedades de Aguas-Claras, ni qué me importa á mí de que sus presidentes sean buenos ó malos, derechos ó jorobados?

Sentiria causarle la menor molestia; pero, ¿no es bueno saber de todo? ¿No es, además, un deber de todo el que escribe al público el presentar los vicios sociales tal y como son, para que, una vez conocidos, caiga sobre ellos la execracion universal?

Ese es mi objeto y no otro. Si consigo despertar, con mis desaliñadas epistolas, el amor á la virtud y el horror al vicio, habré obtenido el único premio á que aspiro.

Dispénsame, pues, querido amigo, dispénsame tambien los lectores de la GACETA, y

dispongan, en cambio, cuanto quieran de  
EL TÍO PERICO.

Aguas-Claras 5 Octubre 1880.

Hemos recibido el primer número de la *Revista Popular de conocimientos útiles*, que acaba de fundar en esta córte el conocido tipógrafo, propietario director de la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada*, Sr. D. Gregorio Estrada.

Como de su título se desprende, la citada *Revista* es una verdadera enciclopedia de útiles y provechosos conocimientos aplicables á todo género de artes, oficios é industrias; á la economía doméstica y á la higiene; con la indisputable ventaja de condensar en muy breves líneas, redactadas en claro y sencillo lenguaje, multitud de advertencias, consejos, fórmulas, definiciones, recetas, etc., etc.

Las condiciones materiales de la *Revista Popular de conocimientos útiles* son excelentes. Consta de 12 páginas en folio holandés, en buen papel é impresion esmerada. Cada tres meses publicará una magnífica lámina, de gran atractivo, representando las maravillas de la naturaleza.

El grabado del número que tenemos á la vista representa las montañas más elevadas del mundo, entre las que se halla la increíble altura á que llegó el célebre naturalista Humboldt en su atrevida exploracion de los Andes; las escarpadas pendientes del Himalaya, cuyas cumbres dominan la region de las nieves perpétuas; los volcanes y su elevacion, con otros muchos detalles tan curiosos como instructivos.

Tenemos sumo gusto en recomendar á nuestros suscritores esta notable *Revista*, única de su género en España, en la seguridad de que han de agradecerénoslo, pues cada lector hallará en sus páginas algun consejo útil, de facilísima é inmediata aplicacion.

Se suscribe en la Administracion, calle del Doctor Fourquet, 7, Madrid, al precio de 40 reales al año, 22 al semestre, 12 al trimestre y 4 rs. al mes, y regala al suscriptor por un año cuatro tomos, á elegir, de la excelente *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada*, dos al de semestre y uno al de trimestre.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINESA,  
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.